

NUESTRO PADRE SAN BENITO⁶

UNA RECORDACIÓN ES SIEMPRE UNA BUENA OPORTUNIDAD NO SÓLO para celebrar a una persona, sino también y en especial para pensar en ella y rescatar lo esencial de su mensaje y lo lindo de su vida.

Y un milenio y medio es un acontecimiento de importancia. Mil quinientos años de existencia son suficientes como para saber si una persona dejó rastros duraderos o no, y en caso de haberlos dejado, vale la pena rastrearlos lo más lejos posible, para ver si podemos encontrarnos con el rostro real de aquel que los dejó.

En este año 1980 se cumplirá este milenio y medio desde el nacimiento de nuestro Padre san Benito. Y esto pone en ebullición a los millares de monjes que nos reconocemos sus herederos espirituales, y nos anima a todos a redescubrir la imagen de un padre que sigue siendo fecundo aún después de tanto tiempo.

Hay una copla criolla que afirma:

*“Polvo se hará mi guitarra,
mi memoria, cerrazón;
mi nombre puede que muera,
mi copla puede que no”.*

⁶ *Cuadernos Monásticos* n. 52 (1980), pp. XI-XXVI.

No, ciertamente, no es que el nombre de Benito de Nursia haya muerto. Pero lo cierto es que su copla, su mensaje es muchísimo más conocido para nosotros que su figura o su biografía, o los datos de su vida. Y su mensaje nos ha quedado en un libro bastante pequeño que se llama *Regla para monjes*.

No nos ha quedado de nuestro Padre san Benito ninguna otra cosa escrita más que su *Regla para monjes*. Y aun ésta, es bastante probable que no sea una obra suya enteramente original y que para redactarla se haya basado en otro escrito anterior llamado *Regla del Maestro* de autor anónimo. Su sabiduría la adaptó, la corrigió, la podó en parte y en parte la completó con libertad.

Sabemos que una regla es algo más que un escrito espiritual. Se trata de una norma escrita en vistas a ser vivida por un grupo humano heterogéneo. Su autor no refleja necesariamente siempre todo lo que su espíritu desearía vivir, o de hecho vive. Está legislando. Y nuestro Padre san Benito es bien consciente de que legisla para hombres débiles. Que entre los que seguirán su enseñanza se encuentran almas enfermas a las que no hay que espantar de entrada, hombres a los que habrá que ir llevando gradualmente hasta una frontera espiritual, luego de la cual el Espíritu de Dios podrá pedirles cosas originales sobre las que ya no se siente autorizado para legislar. Quizá él mismo ya haya llegado a esa frontera, y la regla que escribe le quede chica como norma de vida. Tal vez la Palabra de Dios y cada página de la Escritura santa se le ha convertido en rectísima norma de vida que le está gritando continuamente para que acelere el paso.

Por eso pienso que no es lícito sin más extraer de la *Regla para monjes* que rearmó Benito, una imagen de la que se pueda decir con seguridad que sea la suya. Puede que ella esté más acá o más allá de lo

que nosotros logremos armar con toda nuestra buena voluntad y con la mayor seriedad posible.

Un hombre que lo intentó

Dicen que el recuerdo no es historiador, sino poeta. No cuenta tanto lo que sucedió, cuanto lo que se vivió. Por eso, cuando alguien ha dejado mucha vida detrás, el recuerdo se apodera de su figura y la trata de pintar con los colores más vivos y más comprensibles para aquellos a quienes quiere contar su relato.

Así le pasó al primero que nos quiso hablar sobre nuestro Padre san Benito. Este hombre se llama Gregorio. Es importante que primero les hable de él, para saber por qué eligió una forma tan original de pintarnos a san Benito.

San Gregorio Magno hacía cosa de tres años que era Papa. Su pontificado no fue un tiempo fácil. El clima político era desastroso. El pobre Gregorio estaba en Roma medio encerrado como un pájaro en su jaula.

Roma figuraba como parte del gran imperio sobre el que deberían haber mandado los emperadores de Bizancio. Pero de hecho los bárbaros godos y vándalos se paseaban por Italia como dueños de casa, haciendo caracolear sus caballos delante mismo de las fortalezas de las tropas griegas. Había que tratar con ellos y aceptarlos como conquistadores, cosa que no hacía para nada felices a los romanos, y menos aún al Papa. Porque la mayoría de esos bárbaros pertenecían a la secta de los arrianos, en disidencia y guerra con la fe católica y con la Iglesia.

Y el pobre Gregorio Papa no tenía que ocuparse solo de problemas teológicos. Su misión de padre lo obligaba a meterse en todo tipo de asuntos, tanto militares como civiles, familiares como de gobierno, teológicos como pastorales. Porque además de velar por la libertad de sus hijos, tenía clara conciencia de que su deber de pastor lo obligaba a

alimentar la fe de sus fieles a fin de que por encima de todos los avatares y acontecimientos terrenos no perdieran de vista la necesidad de conquistar la vida eterna mediante una fe sencilla, profunda y operante.

La verdad era que el Señor Dios lo había venido preparando durante su vida para que su mirada fuera capaz de abarcar ancho cuando tuviera que sentarse en la silla de san Pedro. Había nacido en el año 540, cerca de siete años antes de que muriera san Benito. Era de una linajuda familia romana de viejos políticos senadores. Desde chiquito le metieron hasta por los ojos el sentido de la justicia y equilibrio del pueblo romano. Su padre murió joven. Su mamá, aunque se refugió en un convento, se preocupó por dar a su hijo Gregorio lo mejor en el plano de los estudios. Le especializó en letras y retórica. A los treinta y tres años llegó a ser prefecto de la ciudad, lo que significaría en nuestro lenguaje de hoy algo así como intendente municipal.

Pero al año siguiente de haber conquistado el cargo más alto en Roma, dejó todo, vendió parte de sus bienes, y se hizo construir un monasterio en una de sus posesiones en el Celio, cerro de Roma, donde simplemente fue un monje más. Allí pasó tres años en el silencioso ambiente de un monasterio medio retirado. Siempre recordará con nostalgia esos tres años de vida monacal. Los consideró los más felices de su vida.

Pero el Papa Benedicto I lo sacó de su retiro y lo nombró diácono de la Iglesia romana. Es decir, uno de los siete administradores eclesiásticos que tenía la ciudad. Su trabajo requería fundamentalmente el de ocuparse de los pobres, de los huérfanos, de las viudas y necesitados. Aquí aprendería a conocer el rostro de Jesús reflejado en los pobres, y el respeto que se merecen.

Antes de cumplir los cuarenta años fue enviado como nuncio a la corte de los emperadores de Oriente donde durante seis años estuvo en contacto con la gran política mundial del momento. Con

sus cuarenta y cinco años volvió a Roma con la triple experiencia de la administración civil, del servicio a los pobres, y de la política de la corte. Regresó a su monasterio donde lo hicieron abad. Nuevamente cinco años de soledad y reflexión, que serían los últimos de su vida. Porque en el año 590, teniendo sólo cincuenta de vida, fue elegido Papa en la ciudad de Roma, donde se ensañaba la peste, y donde se esperaba de un momento a otro la invasión de los bárbaros del norte. Sería Papa durante catorce peleados años.

Escribir apretado

Este hombre, y en esta situación, a los tres años de ser Papa, fue el primero que nos pintó en un libro la figura de nuestro Padre san Benito. ¿Para qué?

Él mismo cuenta por qué. Una tarde andaba por demás de afligido. Estaba literalmente harto. Violentamente turbado a causa de ciertas personas de mundo que lo estaban obligando a resolver problemas en los que ni siquiera hubiera querido meterse. Él mismo escribe que en esta situación ganó la soledad de un lugar “amigo de mis tristezas”. Quizá se tratara de su monasterio cercano.

Allí se sentó apenado, largamente silencioso, hasta que vino a encontrarlo un amigo suyo llamado Pedro. Se trataba de un amigo de juventud, que ahora era diácono y además lo ayudaba en la búsqueda y estudio en las Sagradas Escrituras. Fue este amigo quien para consolarlo dio pie a Gregorio para que recordara con nostalgia su vida monástica anterior. O mejor, más que la vida monástica y la soledad, lo que recordó Gregorio Papa fue la vida de tantos hombres contemporáneos suyos que allí mismo en esa Italia convulsionada, habían logrado la santidad y, con esto, ser tremendamente útiles para su pueblo.

Pedro se extrañó al sentir de la existencia de santos que hubieran vivido allí cerca y en tiempos recientes. Y le rogó que le contara de sus vidas, de sus milagros y de sus virtudes. Porque estaba convencido de que las verdades de la Escritura Santa llegarían más fácil al corazón de los fieles si agarraban por el sendero de los ejemplos. Ya que las verdades explicadas sólo iluminan, mientras que las verdades encarnadas en la vida de los santos logran calentar el corazón y ponerlo en camino hacia la imitación de sus vidas.

Y el Papa Gregorio, que en esos meses estaba escribiendo su comentario al libro de Ezequiel, suspendió sus escritos de explicación exegética de la Escritura, para ponerse a redactar cuatro preciosos libritos repletos de historias de santos, coloreados de milagros relucientes. Algo así como cuando en el campo se abandonan por las tardes los trabajos pesados y duros de la tierra, para dedicarse a dejar que los dedos se floreen en un trenzado primoroso, con botones de tientos y firuletes de imaginación.

Escribió sus cuatro libritos en forma de diálogo entre él y su amigo Pedro. Éste hace siempre el papel del asombrado y del que quiere saber más, como el niño admirado y feliz escuchando los cuentos fabulosos de su padre. A veces pregunta, otras veces hace un comentario que da pie a Gregorio para una explicación más inteligente que intelectual; a veces pide simplemente otro cuento u otra historia. Y así Gregorio, en sus momentos de soledad se desquita de la dura tarea de ser Papa, dejando que su monje enjaulado recorra los cerros vecinos y los poblados distantes buscando personajes maravillosos de carne y hueso que le digan que es posible vivir la vida de otra manera, quizá mucho más simple, pero seguramente más valiosa que la que él está obligado a llevar en el corazón de la ciudad eterna y decadente.

El gran personaje

Cada uno de los libritos contiene la historia de muchos personajes. Menos el segundo libro, que está dedicado íntegramente a una sola

figura. La gran figura. El héroe principal del mundo fascinante de las narraciones de un Papa apesadumbrado. El segundo libro de los *Diálogos* de san Gregorio está dedicado a san Benito, abarcando toda su vida desde los inicios de su experiencia monástica, hasta su muerte, pasando a través de todo tipo de relatos milagrosos y edificantes.

Es seguro que el Papa san Gregorio al escribir estos relatos, está dejando escapar una vieja nostalgia. Refleja en su padre san Benito todos los ideales del monje que él mismo hubiera querido ser. Rescata de los recuerdos todo el plumaje tibio y colorido con el que quiere hacer más acogedor el nido que busca regalar a sus hijos, los hombres de su época trágica y descorazonante. Al trazar la imagen del gran monje está respondiendo a la necesidad de hacerlo revivir, lo que no quita que quiera también ser fiel a la de aquel que realmente la vivió.

Y así comienza su relato:

*“Érase un hombre de vida santa,
Bendito se llamaba, por la gracia de Dios,
que desde chico se mostró más sabio que un viejo”...*

Alguien que amaba la vida

Este mismo san Benito, cuando escribió su *Regla para monjes*, se imagina a Dios dirigiéndose al montón anónimo de la gente y haciendo una pregunta:

- *¿Quién de ustedes ama la vida y desea ser feliz?*

Y piensa que el monje es aquel que levanta la mano por sobre la cabeza del gentío y grita al Señor Dios:

- *Yo, Señor, yo amo la vida y quisiera ser feliz.*

Comienza para este monje un diálogo con el Señor Dios que le muestra un camino, y le promete apadrinarlo. Habrá que prepararse

para un combate, habrá que adiestrarse en un taller, habrá que aprender en una escuela, habrá que vestirse para un camino. No se ha llegado a una meta. La paz hay que buscarla, y seguirle las huellas.

Todo esto san Benito no lo inventa. Lo ha vivido él mismo en su propia experiencia. También él buscaba ser feliz, y amaba la vida. Había dejado su Nursia natal en las montañas para venirse a Roma donde esperaba encontrar abundancia de vida y oportunidades de felicidad.

Y bastante rápido se había desilusionado. Al menos así nos lo pinta el Papa san Gregorio, quizá reflejando lo que él mismo siente en el momento en que escribe, lamentándose de haberse dado cuenta demasiado tarde, cuando ya era imposible cortar lazos y desligarse de obligaciones. Cuando todo se derrumba alrededor, uno se aferra a la vida. Los hombres que más aman la vida, son aquellos que están obligados a vivirla en tiempos difíciles. Muchos, la mayoría, buscan la felicidad de cualquier modo, y la aceptan donde se la vendan al menor precio. Otros son exigentes, y sólo aceptan la verdadera vida y la auténtica felicidad. Gregorio opina que Benito era de este segundo grupo. Que por eso dejó Roma con sus estudios y sus seducciones, y partió tierra adentro buscando la soledad donde encontrarse consigo mismo y con el Señor Dios, a fin de poder verle el rostro.

Las tentaciones

Pero en todo camino, sobre todo cuando es largo, uno se topa tarde o temprano con los desvíos. Normalmente no suelen ser incitaciones a cometer cosas demasiado malas. Incluso pueden ser sugerencias muy lógicas, y hasta cierto punto las únicas que parezcan razonables en ese momento.

Insisto. Las tentaciones más fuertes que tiene el monje en su camino, no son los deseos de cometer un pecado, sino la oportunidad de agarrar

una senda diferente de la que Dios nos marca. A veces los caminos de Dios no son claros. Son bastante ilógicos. Dios nos promete una cosa, y después parece llevarnos en una dirección totalmente equivocada. Entonces surge en nosotros las ganas de ser más inteligentes que Dios. Las ganas de decirle que su camino no es tan bueno como el que nosotros hemos descubierto. Y ahí viene el desvío. El camino del Señor Dios nos invita, por un lado, y nuestro corazón ilusionado nos tironea para el otro.

Nos cuenta san Gregorio que fue esto lo que le pasó a nuestro Padre san Benito. Y en su *Regla* para monjes, éste nos dirá que a veces hay caminos que a los hombres les parecen derechos, pero que terminan llevándolos a la muerte. Quizá se refería a la experiencia que se cuenta de su propia vida. Las tentaciones son como los huevos de tero: están donde menos las esperas, y siempre vienen de a tres. Al menos en la Biblia y en la vida de los santos siempre las encontramos así. Y san Benito no fue en esto una excepción. A lo mejor en su vida tuvo muchas otras, pero Gregorio recoge estas tres porque le parece que son como fundamentales para el comentario de la Biblia que él se propone hacer a través de su pintura del gran héroe monje de sus libritos.

Primer desvío

Joven universitario recién disparado de Roma, Benito no se alejó demasiado de la ciudad. Se instaló en un pequeño poblado llamado Enfide, donde vivió acompañado de su vieja nodriza, dedicado a la vida retirada, humilde y rezadora. Buscaba la santidad y el encuentro con Dios. Y el Señor Dios lo sorprendió un día bruscamente con un acontecimiento.

Su nodriza había pedido prestado un instrumento de terracota para limpiar el trigo a fin de separar el grano bueno. Y en un descuido el

artefacto se le cayó y rompió por la mitad. Fue tal su desconsuelo que se largó a llorar. Benito, apenado por lo sucedido, se puso en oración pidiendo a Dios que los ayudara en aquel trance. Y Dios hizo lo que quiso. Repentinamente el artefacto estropeado, apareció intacto como si nada hubiera sucedido.

La nodriza desparramó el suceso entre los vecinos, y fue tal el revuelo, que se llevaron el instrumento y lo colgaron en la iglesia lugareña como signo patente de la santidad del muchacho forastero que afortunadamente había decidido quedarse a vivir entre ellos. ¿A quién no le gusta tener un santo en el pago? Estaban por supuesto dispuestos a considerarlo un hombre de Dios y a facilitarle que viviera como tal. ¿Qué más podía desear Benito? ¿No buscaba él la santidad? Bueno: ahora toda una población lo reconocía por santo y deseaba que siguiera siéndolo entre ellos.

El camino parecía claro. No había más que seguirlo. La tentación era continuar derecho. Y sin embargo en su corazón Benito sintió la voz del Espíritu que le decía:

- “No busqués que te llamen santo antes de serlo. Tenés que serlo primero, para que te lo digan con verdad”.

Y Benito rechazó la tentación de vanidad. Decidió seguir los derroteros del Señor Dios y esa misma noche buscó la huella y se fue de Enfide, sin decirle nada a su nodriza, confiando sólo en Dios. Entre la gloria de los hombres, y las exigencias de Dios, prefirió esta última senda y se internó cerro arriba y monte adentro.

Segundo desvío

Llegó hasta una cueva, donde se alojó por indicación del monje Román. Se había topado con este monje de casualidad. Una de esas

casualidades de Dios. El monje le regaló un hábito y le prometió ocuparse de hacerle llegar oportunamente lo necesario para alimentarse austeramente. Y además prometió mantener en secreto su paradero para que nadie lo molestara. Pero don Nadie andaba suelto por esos cerros, y había husmeado que este muchacho iba a ser un hueso duro de pelar. Y se decidió a molestarlo en lo que pudiera. El Diablo no da la cara de entrada, y generalmente no nos ataca directamente, sino que se dedica a estropear nos nuestras cosas a fin de hacernos perder la paciencia. Sabe que, una vez que hayamos perdido la paciencia, entonces la oración ya no será fácil. Y si logra hacernos suprimir la oración, entonces nos agarra sin cartuchos para la auténtica pelea.

El monje Román tenía la costumbre de hacerle llegar su pan cotidiano, mediante una cuerda a la que tenía atada una campanita. De esta manera no necesitaba bajar del acantilado en cuya pared estaba la cueva donde habitaba Benito. Bueno: resulta que un buen día el Diablo decidió terminar con la poesía, y de una piedra hizo pedazos la pobre campanita. Benito no se inmutó y se decidió a esperar a que el Señor lo hiciera ayudar de otra manera.

Unos pastores del contorno lo descubrieron, y al enterarse de lo que allí hacía y de quién era, venían con frecuencia a recibir de él la palabra de Dios, trayéndole en cambio alimentos para su subsistencia corporal.

El Diablo vio que su treta había empeorado el asunto y decidió sacar a Benito de la cueva haciéndole humo. Le resultó fácil encontrar la leña.

Benito era joven y en plena vitalidad, seguramente la pasión sensual tendría agarradera fácil en ese corazón generoso que amaba profundamente la vida. Todo el que ama la vida desea darla, eso el Diablo lo sabía de sobra. Intuía que en Benito anidaba un hondo deseo de paternidad, y que el Señor Dios lo había destinado para dar vida,

y darla en abundancia. Era sólo cuestión de aprovechar la situación y brindarle un camino fácil, lógico y atrayente.

El tentador le trajo ante los ojos del alma la imagen de una chica que él conociera, y encendió en el corazón del muchacho un fuego tal que apenas si le cabía en el pecho. Ante este tremendo embate de la tentación que quería sacarlo de los caminos ilógicos de Dios para llevarlo por la senda de lo normal, de lo humano, de lo que se explica sencillamente por sí mismo, Benito estuvo al borde de ceder. Era sí, una tentación de la carne rebelada. Pero era fundamentalmente el deseo de abandonar un estilo de vida en que renunciaría para siempre a la paternidad carnal y humana. El Diablo no lo invitaba tanto a abandonarse a un deseo fantasioso dentro de su cueva. Quería sacarlo de allí, hacerle abandonar los caminos de Dios. Le sugería el desvío que lo alejara del camino emprendido.

Y nos cuenta Gregorio que Benito había ya casi decidido abandonar el desierto. Pero en ese momento una luz de lo alto lo iluminó. El Señor Dios había prometido apadrinarlo. No había querido suprimirle la experiencia dura y dolorosa de la tentación. Pero no permitiría que sucumbiera en ella. Iluminado súbitamente por la luz divina, Benito retornó en sí. Realmente el Diablo había logrado casi sacarlo de sí, a fin de poder sacarlo de camino.

Había allí cerca un matorral de espinillo, con ortigas y malezas. Benito se desnudó rápidamente y en un impulso de valiente osadía se largó en medio de él rodando por entre las espigas que con el fuego de sus púas lograron poco a poco ir apagando el otro fuego interior que lo consumía y el Señor Dios aceptó la corazonada. Le devolvió la paz, y desde ese día fue señor de sus pasiones que ya no volvieron nunca más a turbarlo así.

Había logrado superar el segundo de los desvíos peligrosos. Ése que en la vida del monje suele tomar un lenguaje sumamente insidioso:

- ¿Y qué estás haciendo vos aquí? Vos que podrías hacer tanto afuera. Tu vida aquí es totalmente inútil. Vos podrías tener una linda familia, ser papá de tus chicos y educarlos cristianamente sobre todo ahora que hacen falta buenas familias en tu medio. Esto es una ilusión. Aquí te anulás como persona. Estás enterrando tu talento. Sobre todo el del amor. No podés amar utopías. Acordate que fuera hay una mujer que te quiere y sigue esperando tu regreso. Con ella podrás compartir tu vida y santificarte en cosas bien concretas y no en ilusiones cómo aquí. Sólo se es padre de hijos, si es que querés ser padre.

Porque el tentador difícilmente sería tan torpe como para proponerte una tentación carnal burda y lisa. Aunque tampoco pierde la ocasión de aprovechar la volada para hacerlo, sobre todo cuando le abrimos la puerta del orgullo o del amor a nuestros propios criterios.

Tercer desvío

Vencidas las dos tentaciones, una que invitaba al desvío de la vanidad, y la otra que agarraba por el sendero del grito de la carne, Benito tendría que enfrentarse con la más peligrosa. Tendría que enfrentarse con la que quiere asesinar el amor. Ésa en la que el enemigo no se escuda detrás de una ilusión fácil, o de un deseo ardiente, sino detrás de personas concretas de carne y hueso. La vanidad anida en el pensamiento, la concupiscencia en el corazón. La ira, el odio y el despecho en cambio toman posesión del hombre entero desde la vertiente de su voluntad, de su parte agresiva e irascible.

Benito aún no conocía la guerra en ese territorio. Y la cosa no comenzó tan mal. Porque se presentó por la puerta segura de la generosidad de quien es llamado a prestar un servicio espiritual.

Resulta que no lejos del lugar donde estaba su gruta, vivía un grupo de monjes bastante originales, que, al quedarse sin abad, pensaron que el joven Benito podía asumir ese papel entre ellos. Fueron, le rogaron, y al final consiguieron llevárselo con ellos. Pero al poco tiempo la convivencia se hizo imposible. No eran monjes para semejante abad, y Benito no era demasiado afecto a que el monje siguiera su propio criterio. La distancia fue agrandándose y terminó por hacerse abismo. Tampoco estos monjes eran de gastar bromas cuando querían sacarse a alguien de encima. Decidieron ir por lo seguro y eliminar a Benito envenenándolo. Para ello le echaron ponzoña en la copa que cada día le presentaban en la comida para que la bendijera y tomara el primer sorbo.

Pero la copa llena de muerte no pudo aguantar la señal de la vida que Benito le hizo al trazar sobre ella la cruz del Señor. Como si la hubieran cascoteado con una piedra, la copa se hizo pedazos. Benito comprendió todo al instante. Se levantó allí mismo, y con rostro sereno y espíritu tranquilo convocó a sus hermanos monjes y les dijo:

- Que Dios todopoderoso los perdone, hermanos. ¿Por qué quisieron hacer esto conmigo? ¿No les había prevenido que no nos entenderíamos? Ahora vayan y búsqense un abad que esté de acuerdo con sus costumbres. Porque de ahora en adelante ya no podrán contar más conmigo.

Y se volvió a su soledad, para estar nuevamente solo consigo mismo, pero solidario con todos ante el rostro del Señor Dios.

Había logrado vencerse a sí mismo, amando sin rencor a quienes podrían haberle arruinado el misterio de su vida, y que hasta habían intentado quitársela. Ahora estaba preparado para amar también con pureza de corazón a aquellos que el Señor Dios tenía destinados para ser auténticamente sus hijos. A partir de este momento recibiría el don de la paternidad en una medida tal que, antes de darse cuenta, se vio

rodeado de hombres viejos y jóvenes que le pedían poder quedarse a vivir con él, para ser ayudados en su búsqueda de Dios.

Padre de monjes

Comenzó así para Benito el misterio de su paternidad espiritual. Un historiador monástico español, Pérez de Urbel, dice en uno de sus libros que desde los tiempos de Benito cerca de cinco millones de hombres y mujeres llevaron un estilo de vida en la que lo consideraron como su auténtico padre. Y el 24 de octubre de 1964, otro Papa del estilo de Gregorio el Grande, llamado Pablo VI, iba a declarar oficialmente a Benito como Padre de Europa, afirmando solemnemente de él:

“Mensajero de paz, artesano de la unidad, maestro de la civilización, y ante todo heraldo de la religión de Cristo y fundador de la vida monástica en Occidente: estos son los títulos que justifican la glorificación del abad san Benito. Cuando se derrumbaba el imperio romano ya en sus finales, cuando regiones enteras de Europa se hundían en las tinieblas, y otras aún no conocían los valores espirituales y de la civilización, fue él quien con su esfuerzo constante y asiduo hizo que se elevara sobre nuestro continente la aurora de una nueva era”.

Probablemente Benito nunca imaginó tales elogios a quince siglos de distancia, y es seguro que los hubiera escuchado sin comprenderlos. Él no soñaba con ser padre de Europa. Él quería simplemente ser hijo de Dios, volviendo por el camino de la obediencia a aquel de quien los hombres nos habíamos alejado por el de la desobediencia. Y en ese camino se le unieron otros que querían lo mismo. Trató de organizarlos, utilizando su propia experiencia, y la de aquellos que lo habían precedido en este mismo tipo de vida. Pero, sobre todo, a través de una asidua lectura y rumia de la Sagrada Escritura, para él rectísima norma de vida, iría sacando como buen padre de familia, cosas nuevas y viejas con las que alimentar a sus hijos.

En su *Regla* para monjes dedica dos capítulos a la figura del abad, padre de un monasterio. Uno de esos capítulos está al principio de su *Regla*. Es el capítulo número 2. En él pinta una figura más bien austera. Es la que toma de la tradición. Es la de un pastor de ovejas que no son suyas y de las que deberá dar cuentas al único dueño que es Dios. Su misión es vigilar, alimentar, corregir, castigar. Deberá ser justo con todos y no amar a uno más que a otro. No debe disimular los pecados de los que faltan a su obligación de monjes. La tarea de abad es ardua y difícil, ya que se trata de dirigir almas que tienen temperamentos diferentes y es difícil servirlos a todas. En el día del juicio deberá dar cuenta una por una de todas las ovejas de las que tenga conciencia de haber sido responsable; además de dar cuenta de su propia oveja interior, es decir de su propia vida personal, quizá alterada por el arduo trabajo de tener que ocuparse de las de los demás. San Benito exhorta al abad a que, al ocuparse de la corrección de los defectos en los demás, se vaya enmendando él mismo de los propios.

Pero al terminar casi su *Regla*, Benito añade un nuevo capítulo, el número 64, que es de su propia cosecha y experiencia. La figura del abad que dibuja es más humana y menos aterradora para el interesado. Le aconseja que sea asiduo lector de la Escritura Santa, en la que encontrará alimento para los suyos. Que aborrezca, sí, los vicios, pero que ame a los hermanos. Que al corregir no sea extremoso, no vaya a ser que por querer sacar la mancha provoque una ruptura. Que procure ser más amado que temido. Que tome siempre sus decisiones con discernimiento y moderación, y que no se olvide de hacerse asesorar. Y termina animándolo con la esperanza del premio que espera a un administrador fiel, de quien dice el Señor: “Les aseguro que lo hará administrador de todos sus bienes”.

Todo esto lo fue aprendiendo a través de su propia experiencia en la conducción de almas. Quizás si hubiera tenido toda esta experiencia

cuando se encontró de joven con los monjes originales que lo habían elegido para abad, las cosas hubieran sido distintas y habrían terminado mejor.

Pero aún había por aquel entonces que pelar mucha leña para encontrarle el alma al palo.

Defendiendo la majada

San Gregorio era un pastor. Lo había sido de un monasterio, y ahora lo era de toda la Iglesia. Conocía cuáles eran las virtudes del oficio, por eso se anima a espigar en la vida de Benito haciendo resaltar las principales cualidades de un pastor de almas.

Fundamentalmente son dos las cualidades que se requieren para cumplir con la misión de ser padre y pastor. La primera es la capacidad de conducir a sus ovejas a buenos pastizales. Saber proporcionarles la sana doctrina, y esto deberá hacerse tanto con la palabra como con el ejemplo. Porque hay almas rudas o simples que sólo captarán las cosas a través de los ojos. Aprenderán a rezar, viendo rezar; aprenderán a ser fieles a la lectura asidua de la Palabra de Dios cuando vean a su abad dedicado con asiduidad a esa Palabra; se dedicarán al trabajo cuando vean que el trabajo es compartido y valorado por todos. Y así con las demás realidades del monje.

La segunda tarea del abad es velar para que el Diablo no desparrame la majada, ni la engañe por senderos falsos, ni la ataque directamente buscando su mal, incluso físicamente.

Una vez Benito supo de un monje que no lograba mantenerse en actitud de oración. Cuando todos estaban en el quehacer de la plegaria, este buen monjecito salía y se dedicaba a vagabundear por afuera matando el tiempo.

No vivía en el mismo monasterio de Benito, sino en una de esas pequeñas comunidades en que el abad había dividido a sus ya numerosos hijos. Al frente de esta comunidad había otro abad que seguía las directrices de Benito. Corrigió muchas veces al monje en cuestión, y al final, cansado, se decidió llevárselo al padre de todos. Benito reprendió severamente al monje inconstante. Pero la cosa sólo surtió efecto por pocos días. Luego volvió a las andadas. Se lo volvieron a decir a Benito y éste decidió ir personalmente para arreglar las cosas en el lugar mismo. Llegó pues a ese pequeño monasterio, y acabada la salmodia común, cuando todos se dedicaban a la oración en privado, vio que el dicho monje salía del oratorio conducido por un enano negro que lo tironeaba del hábito. Benito en voz baja preguntó a los dos monjes que lo acompañaban si lograban también ellos ver quién era el que sacaba al monje de la oración. Pero los dos compañeros no lograban ver nada.

Benito entonces les pidió que orasen con él a fin de que también ellos pudieran ver la realidad. Al tercer día, Mauro, uno de sus dos acompañantes, pudo ver también; en cambio el otro, llamado Pompeyano, siguió sin ver nada.

Al otro día Benito salió del oratorio y encontrando al monje en su vagabundeo le dio una paliza a fin de abrirle los ojos. El método, un tanto rudo para nuestra sensibilidad, surtió un efecto inesperado. Desde ese día el Diablo no osó más molestar al monje, como si la paliza la hubiera recibido él a través del cuerpo del monje, quien desde entonces pudo mantenerse fiel al tiempo de oración junto a todos sus demás hermanos.

En otra ocasión Benito iba hacia un oratorio en la cumbre del monte Casino, para dedicarse a la oración. En el camino se cruzó con el Diablo disfrazado de veterinario. De “médico de mulos”, dice el

original en latín. Llevaba en la mano una manea potrera, y un frasco con brebajes. Benito le preguntó a dónde iba con eso. Y el Diablo le contestó que iba a visitar a los monjes para darles el potaje. Benito no suspendió su camino hacia la oración, pero mandó recado a sus monjes diciéndoles que anduvieran con cuidado, que el Diablo andaba en las cercanías.

Resulta que el Diablo encontró a un monje viejo que estaba baldeando agua del pozo. Tomó posesión de él y lo tiró por tierra agitándolo violentamente. Retornando Benito de su oración vio lo que estaba sucediendo, y acercándose le propinó al monje una bofetada tan bien pegada que el Diablo salió disparando para nunca más volver a atormentarlo.

Apenas había llegado a Montecasino, viniendo de Subiaco, se puso a construir en ese antiguo lugar de culto pagano un monasterio y varios oratorios. Estando sus monjes en el trabajo de construcción resultó que se encontraron con una piedra que a pesar de no ser muy grande resistía a cualquier intento de dejarse mover del lugar. Benito descubrió que su antiguo enemigo andaba en el asunto. Vino, rezó, dio la bendición y la piedra fue movida sin dificultad.

Siguió la excavación y resultó que en el mismo lugar se encontraba enterrada la estatuilla de un antiguo ídolo. Lo tiraron al fogón de la cocina y los monjes vieron con asombro que la llama de éste explotó con tal intensidad que comenzó a incendiar el edificio de la cocina. Se armó tal tumulto de gritos, que acudió Benito, asombrándose de no ver lo que los monjes veían. Inmediatamente se percató de que se trataba de otra treta de su enemigo. El fuego no estaba en la realidad sino en los ojos alucinados de sus monjes. Bajó la cabeza y simplemente rezó. Luego hizo ver a los asustados discípulos que el fuego era un puro engaño del Diablo y que no había pasado nada en la realidad.

De este modo el abad Benito defendía a sus monjes de ese mismo antiguo enemigo que había querido en su momento hacerle desviar de su camino hacia Dios. Ahora ya le conocía sus mañas y su prepotente impotencia. Escuchaba incluso sus amenazas y sus bravatas. Pero el hombre de Dios ya no las temía. Sabía de quien se había fiado, y poniendo toda su confianza en Dios adoctrinaba a sus monjes para que pudieran pasar sin daño en medio de las astucias del Diablo. Sobre todo, velaba por ellos día y noche mediante su oración.

En unión con el Señor Dios

El Papa Gregorio añoraba intensamente para su propia vida la oportunidad de tiempo que había tenido siendo monje para dedicarlo a la oración. En su oficio de Papa se veía tironeado por tantas ocupaciones, que carecía de él. Y sin embargo era bien consciente que hasta un Papa necesitaba ser un hombre de oración continua para poder ser un verdadero padre de los suyos. Por eso nos pinta a Benito como el gran rezador. En todas las situaciones lo encontramos en oración. Tanto frente a un objeto roto, como frente a un niño muerto que será llamado a la vida por su plegaria.

Una vez supo tener un monasterio construido en un lugar donde el agua era el gran problema. Con el tiempo los monjes ya no pudieron soportar el bajar diariamente al valle para buscarla. Fueron a rogarle a Benito que hiciera algo para ayudarlos.

Benito salió una noche con su discípulo Plácido y se puso en oración en la cumbre del cerro donde estaba el monasterio. Luego dejó allí algunas piedras apiladas para señalar el lugar. Al día siguiente ordenó a los monjes que cavaran en el lugar, y el resultado fue que, al poco de cavar, se alumbró un manantial que bastó para las necesidades de la comunidad.

Siempre y en toda circunstancia recurría a la oración. Y él mismo aconsejará en su *Regla* para monjes, que antes de empezar cualquier buena obra debemos ponernos en oración insistente, pidiendo al Señor de todo lo bueno que conduzca a buen término lo que nos proponemos empezar con su ayuda.

A veces puede suceder que a un abad le toque un monje imposible. Cosas humanas. Y los monjes también son humanos... y a menudo bastante humanos. Puede ser que se dé la situación de que el monje no quiera reconocer sus defectos, y mucho menos que quiera corregirse de ellos. Entonces san Benito aconseja al abad que obre como un sabio. Que vaya gradualmente aumentando la intensidad de la corrección, a fin de dar tiempo a que la medicina prenda. Pero si ya nada da resultado, que entonces aplique lo que es más poderoso de todo: su oración y la de la comunidad, a fin de que el Señor que todo lo puede obre la curación del hermano enfermo. Nunca deberá un hermano ser expulsado de la fraternidad si antes no se ha aplicado en él este poderoso remedio.

En la antigüedad los monjes solían aprovechar sus largos ratos de oración para ocupar sus manos en algún trabajito. Por ejemplo, trenzaban cuerdas, hacían canastos, o tallaban maderas en forma de utensilios. De esta manera podía suceder que en el oratorio se amontonasen objetos o instrumentos que en sí no estaban directamente referidos a la oración. San Benito en su *Regla* ordena la cosa de tal manera que en el Oratorio no se reserve ni se haga nada que no sea la oración o para ella. De esta manera no quita la oración del mundo del trabajo, pero reserva un lugar y tiempo especial y exclusivo para dedicárselo. Desde su celda y estando en oración, no se siente para nada desconectado de los suyos. Al contrario. Hubo ocasiones en que a distancia sus monjes lo sintieron a su lado aconsejándolos; o por el contrario, a su regreso, pudo detallarles

pecados o situaciones en las que habían estado sin percatarse de que él los estaba viendo en su espíritu.

El gran encuentro

Benito tenía una hermana llamada Escolástica. También ella siguió el ejemplo de su hermano y dedicó su vida a servir al Señor. Vivía con otras monjas en un cenobio no muy lejos del de Benito. Éste iba todos los años a visitarla, y la última vez que se vio con ella en la tierra, ésta le rogó que prolongara su permanencia durante toda la noche.

El viejo asceta que vivía en Benito se negó. A pesar de todo su crecimiento, aún no había llegado a la plena libertad del que se abandona en el Señor. Y el Señor Dios esta vez le jugó una de sus típicas humoradas.

Escolástica se puso en oración y consiguió del Señor que se descargase de improviso una tormenta tal que a Benito le resultó imposible poner ni siquiera un pie fuera del lugar donde se encontraba con su hermana.

Retó Benito a su hermana por lo que había hecho. Pero ésta, participando del humor de Dios le respondió:

- Yo te lo pedí a vos, y vos no me lo quisiste conceder. Entonces se lo pedí a Dios, y Él me lo concedió. ¡Volvete ahora a tu monasterio, si podés!

Realmente la discípula había aprendido bien de su hermano maestro. Tanto que pudo devolverle la lección en el momento oportuno.

Tres días después, estando Benito en su celda de monje, vio cómo el alma de su hermana era llevada a los cielos en forma de paloma. Lleno de gozo dio gracias a Dios, y dando órdenes a sus monjes mandó buscar su cuerpo para ponerlo en la misma sepultura que él se había preparado para su propio reposo definitivo aquí en la tierra. Y san Gregorio termina su tierno relato afirmando:

“Y así sucedió que ni la misma sepultura separó los cuerpos de aquellos cuyos espíritus habían estado siempre unidos al Señor”.

Poco después Benito tendría una visión muy particular, y que para Gregorio es como el sello de la altura espiritual que su héroe había conseguido en la búsqueda de Dios.

Una noche, estando Benito en oración, vio una luz indescriptible. Y en esa luz divina vio el mundo entero como concentrado en toda su plenitud. Era algo así como si la luz de Dios hubiera ampliado su alma y la visión de su espíritu, hasta tales dimensiones que pudiera abarcar toda la anchura de lo creado. Ninguna criatura podía ya estar fuera de la visión de aquel que dentro de poco iría a gozar de la visión del mismo Dios.

El mismo Benito escribió en su *Regla* para monjes que no debemos asustarnos de los comienzos estrechos del camino que emprendemos. Con el andar del tiempo el corazón se dilata, y entonces ya podemos correr con alegría por los caminos de los mandamientos de Dios. Quizá no sea que se enanche el camino. Lo que se agranda es el corazón. Y la vida se vive con el corazón. El que tiene un corazón angustiado caminará por caminos de angustia. El que lo tenga dilatado caminará por un sendero ancho.

Por este sendero que había venido recorriendo desde su juventud, lo vieron partir dos de sus discípulos, mientras una voz del cielo les aclaraba: “Éste es el sendero por el que el alma de Benito sube hasta los cielos”.

Un deseo para terminar

Toda la Iglesia está celebrando este año un acontecimiento. Hace 1.500 años que nació san Benito. Nosotros los monjes lo consideramos

como nuestro padre. Tenemos derecho a una herencia especial de su parte.

Yo pediría para todos nosotros un corazón como el suyo: capaz de ir ensanchándose a medida que avanza por los caminos del Señor. Que por la oración se nos haga más limpia la mirada y más sereno el corazón, liberado de todo lo que no sea ir hacia Dios y conducir a nuestros hermanos los hombres por el mismo sendero.

San Benito: rogá por nosotros.

Santa Escolástica: rogá por nosotros.

San Gregorio Papa: rogá por nosotros.

Mamerto Menapace, osb